

CLARA BADANO
“Chiara Luce” vista de tejas abajo



Colección “Testimonios”

Franz Coriasco

CLARA BADANO

“Chiara Luce” vista de tejas abajo



Ciudad Nueva

1ª edición: octubre 2010
1ª reimpresión: febrero 2011

Título original:
Dai tetti in giù.
Chiara Luce Badano raccontata «dal basso»
© 2010, Città Nuova Editrice
via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma
www.cittanuova.it

Versión española: *Ana Hidalgo*

Diseño de cubierta y maquetación:
Antonio Santos

© 2010, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-210-5
Depósito Legal: M-

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estigraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

*A Teresa y Ruggero,
por habernos regalado a Clara.
Y a Chicca,
por haberme convencido de escribir sobre ella.*

PREMISAS Y PROMESAS

La santidad es un asunto misterioso, escurridizo y fascinante como ningún otro. Y más aún para quien, como el que suscribe, no sabe o no puede creer que haya un Dios capaz de cuadrar las cuentas, ni a éste ni al otro lado del cielo.

Pues bien, por una extraña broma del destino, a lo largo de mi vida llevo ya conocidos unos cuantos santos o gravemente acusados de serlo.

Quiero decir conocidos en persona. Y no me refiero sólo a esas retahílas de personas meritorias con las que, como todo hijo de vecino, he tenido la suerte de cruzarme y he reconocido, pero que nunca llegarán a los calendarios. Digo santos de verdad, con su repertorio de postuladores, de causas en su recta final y de devotísimos forofos. Comenzando por mi catequista (la futura beata Maria Orsola), prosiguiendo con dos queridos amigos de juventud, Carlo Grisolia y Alberto Michelotti, cuyas causas de canonización siguen en curso. A éstos hay que añadir incluso un par de papas (Pablo VI y Juan Pablo II) y campeones de la fe del nivel de Chiara Lubich, Igino Giordani y la Madre Teresa de Calcuta. Buena gente sin duda, con quienes he tenido la suerte de tener una relación personal,

aunque evidentemente no han sido capaces de hacer de mí la persona mejor que me gustaría ser ni de arrancarme del agnosticismo que llevo pegado a la espalda hace décadas. De modo que no sabría ni siquiera decirte si dichos contactos episódicos han tenido una trama, un objetivo, un sentido, o han sido sólo fruto de la pura coincidencia.

Por no hablar de ella.

Clara Badano. La beata *Chiara Luce** Badano.

La mejor amiga de mi hermana Chicca...

A diferencia de los muy honorables personajes antes citados, a Clarita la vi crecer, pasar de cría a mujer, de chavala llena de sueños a enferma terminal y –además y sobre todo– de persona aparentemente del montón a testigo extraordinario de su fe. Quizá por eso su imagen ha seguido acompañando después de su muerte las muchas marañas de mi vida y se ha vuelto a asomar tan a menudo por mis recovecos más profundos.

Y eso que mientras vivía no la conocí tan bien; más bien «desde la barrera», como suele suceder con las mejores amigas de la hermana de uno. Pero precisamente desde esta posición mía tan marginal y poco influyente, vi y oí mucho. Con frecuencia mucho más de lo que permitían nuestras esporádicos contactos, el cruzarnos por casualidad o debido a nuestras respectivas existencias, tan distintas por generación, *background* cultural, gustos y temperamento.

Un testigo absolutamente marginal de una historia decididamente extraordinaria: eso es lo que he sido. Co-

* Pronúnciese «Quiara Luche». [NdT]

mo un centurión cualquiera en el Calvario, un camillero en Waterloo o el portero de las Torres Gemelas.

Pero es una historia que me ha marcado; como también ha marcado a muchos que no han empezado a conocer a Clarita hasta *después*. Por eso, en este libelo que me dispongo a escribir con el apoyo fundamental de mi hermana y de los padres de Clara (a los que tengo un cariño especial desde hace más de veinte años), trataré de repararla. Ante todo para ver si en todo este tiempo se me ha escapado algo. Algo importante de ella. O de mí... Sobre todo me gustaría hacer las cosas bien, intentar huir en la medida de lo posible de las trampas y tópicos propios de toda indagación retrospectiva. Y no descuidar los recovecos, sobre todo los menos trillados por las hagiografías clásicas, quizá hurgando por donde el fulgor de la santidad ensombrece y anula los detalles o el contorno.

Te confieso que también albergo la esperanza de encontrar en Chiara Luce unos cuantos defectos. No para regodeo del opositor iconoclasta, sino porque creo que una de dos: o un santo sin defectos no es lo bastante santo, o, a diferencia de lo que siempre me han contado, la santidad no está hecha para todos.

De momento, si pienso en la beata Chiara Luce por como la conocí, sólo dos cosas sé, o presumo. Primero: uno no nace santo, pues la santidad es un oficio –además de una opción– que se aprende sobre la marcha. Segundo: una historia de santidad no tiene un final feliz, porque es una historia que no termina nunca.

Dicho esto, querido lector, sígueme (si te apetece)...

